

cuatro ejércitos, destinados los tres primeros á defender las fronteras, y el cuarto el centro de la monarquía, repitiendo á Francia que se sumaría á ella á la primera agresión de Rusia, y á ésta que esperase su auxilio tan luego como el francés se permitiera la más ligera infracción de la neutralidad. A pesar de todo, los ejércitos rusos parecían dispuestos á avanzar; pero Alejandro les ordenó de súbito detenerse, notificando Alopeus al gabinete prusiano que, en la esperanza de que el rey aceptase la entrevista propuesta y no abrigándose propósito alguno de imposición, su Majestad imperial había aplazado la marcha de sus tropas hasta aquel momento, convencido de que el rey no vacilaría en hacer causa común con él. Federico Guillermo, en efecto, no rechazaba la idea de tener con el Czar una conferencia amistosa, aunque sin soltar prendas respecto á lo porvenir. A Czartoryski le desagradó profundamente la contraorden dictada por el Emperador. Las simpatías personales de Federico Guillermo le inclinaban á la coalición, y la reina Luisa las alentaba con toda su influencia; mas si le infundían temor los arrebatos del genio fogoso y la ambición desenfrenada del César francés, tanta mayor desconfianza les inspiraban las secretas miras del gabinete de San Petersburgo, y de ahí su afán de persistir en la línea de conducta que se trazara, con la que en vano procuró escapar á los furores de la tormenta, que al fin había de desencadenarse sobre sus Estados.

La resolución de Napoleón de atacar á los coaligados le proporcionaba grandes ventajas sobre éstos, cuyos proyectos conocía, al paso que ellos estaban ignorantes de los suyos. Los aliados nada recelaban por el momento. Austria se había adherido formalmente al tratado anglo-ruso el nueve de Agosto, y la acritud de sus relaciones diplomáticas con Francia iba en aumento; pero la guerra no estaba aun declarada, y tanto ella como Rusia creían contar con plazo suficiente para reunir sus fuerzas, meditando dos ataques principales, uno en Italia y otro en el valle del Danubio y Suabia. Napoleón, convirtiendo sus armas contra Austria cuando esta potencia disponía escasamente de ochenta mil hombres contra los doscientos mil que se preparaban á acometerla, sólo debía preocuparse de ganar el Danubio y aplastar á Mack, el general austriaco, antes de la llegada de los rusos; en su consecuencia, mandó seguir á sus tropas el camino más corto, que era el del Hesse, para unirse á los cuerpos que Bernadotte y Marmont conducían respectivamente de Hanóver y de Holanda. Mientras el ejército francés verificaba esta marcha atrevida, discurría trazas Napoleón para mantener su error á los coaligados, permaneciendo en Boulogne á fin de simular que no habían cambiado en lo más mínimo sus determinaciones. Su diplomacia cambió bruscamente de tono adoptando el de la más persuasiva conciliación. «Lo que ahora se necesita, escribía el Emperador y Talleyrand, no es audacia, sino pusilanimidad, para que me den tiempo á prepararme». Sus generales tenían orden de despistar á los agentes acerca del verdadero destino de sus tropas, y el *Monitor* hablaba de la lluvia, del buen tiempo y de que los rusos continuaban haciendo aprestos bélicos contra los per-

sas, no decidiéndose á anunciar al público hasta el veintidós de Septiembre que los austriacos habían atravesado el Inn el día siete; no obstante, como tan gran movimiento de fuerzas no podía pasar inadvertido, autorizó el Emperador á sus ministros á declarar que, como medida de precaución, iba á concentrar treinta mil hombres en la frontera oriental. Al intento de asegurar el éxito de sus planes, envió Napoleón á Alemania disfrazados á tres de sus oficiales más distinguidos, Murat, Bertrand y Savary, á estudiar los lugares y á recoger informes y noticias. Murat llevaba también el encargo de tranquilizar al Elector de Baviera, que era amigo de Francia, pero que temía quedar á merced de los austriacos antes de la llegada de los ejércitos napoleónicos. Baden y Hesse Darmstadt celebraron con el Emperador tratados de alianza, y si Wurtemberg no hizo lo mismo desde luego, su adhesión no era dudosa. De estos pactos, que en realidad consagraban la sujeción de los pequeños Estados faltos de libertad para aceptarlos ó no, excluyóse sólo á Nápoles, por saberse las relaciones que le unían con los coaligados, dándose á Saint-Cyr orden expresa de apoderarse de la capital y expulsar á la corte no bien sus compatriotas atravesaran el Rhin. Sin embargo, después creyó el emperador más útil ajustar con Nápoles un tratado de neutralidad, que permitiese á Saint-Cyr ir á la línea del Po y apoyar á Massena, alabándose de su moderación al insertar este convenio, en el *Monitor*, lo que quería decir que aplazaba para ocasión más oportuna el destruir el citado reino.

La astucia é inteligencia de Talleyrand no fueron suficientes para entretener á Austria tanto tiempo como Napoleón le había pedido; pero aquella potencia no llegó á comprender el alcance ni la naturaleza de los movimientos ejecutados por los ejércitos franceses. Apremiada á explicarse acerca de los armamentos que hacía; alegó como fundamento la necesidad de recordar á Francia el respeto debido á los tratados impuestos por ella á Europa. La nota que el gabinete de Viena dirigiera con este motivo al gobierno de París, última que cambió con él antes de romperse las hostilidades, no carecía de firmeza ni de dignidad, aunque algunos de los agravios que adujese fueran simplemente meros pretextos. Convertiase Austria de acusada en acusadora, á sus cargos no podía contestarse con la pluma sino con la espada, y esto es lo que Napoleón se aprestó á hacer. Transformó primero á Francia en un vasto campamento, organizándola de manera que se bastase á sí misma durante su ausencia: reorganizó la guardia nacional; levantó nuevos ejércitos de reserva, sin pararse en la infracción constitucional que cometía al llamar los mozos á las armas sin el consentimiento del Cuerpo legislativo; dejó á su hermano José en apariencia, y á Cambaceres, en realidad, el cuidado de reemplazarlo en la dirección de los negocios aunque reservóse el mantener correspondencia directa con los ministros, debiendo el de Policía escribirle diariamente, y hecho todo esto, se despidió del Senado, protestando de su profundo amor á la paz y lamentándose de la sangre que iba á correr, por causa, decía, de la maldad de sus enemigos del Continente.

En el entretanto, sus cuerpos de ejército habían pasado el Rin por Maguncia, Spira y Manheim, y avanzaban al centro de Alemania para dar la mano á Bernadotte, llegado ya á Wurtzburgo, á donde se refugiara huyendo de los austriacos el Elector de Baviera, con los veinticinco mil hombres que tenía. Baviera había engañado á Austria, prometiéndole aliarse con ella y demorando después el firmar el correspondiente tratado, lo que determinó al gobierno de Viena á ordenar á Mack que pasara el Inn, como lo hizo el siete de Septiembre. Austria, queriendo no perder el refuerzo de los veinticinco mil bávaros, exponía á un peligro inminente á su propio ejército, sin resultado ninguno; pues el Elector de Baviera, como hemos dicho, apeló á la fuga, aguardando la llegada de los franceses. Después de atravesar el Inn, los austriacos ocuparon á Ulma, y entonces fué, y no antes, cuando Napoleón informado por una carta de Murat, pensó cercarlos en Suabia y cortarles las comunicaciones con Austria, mediante una maniobra por el estilo de la ejecutada en Marengo, pero de éxito mucho más seguro, á causa de la gran superioridad de sus fuerzas sobre las de Mack. Distrajo al estado mayor austriaco, haciendo presentarse á Murat con su caballería delante de los principales desfiladeros de la Selva Negra, y él, por su parte, cual si fuera su intención acometer al enemigo de frente y no por la espalda, se detuvo hasta última hora en Strasburgo, desde donde dirigió á sus soldados la célebre alocución, que debía abrir aquella gloriosa campaña. «No nos detendremos hasta que hayamos asegurado la independencia del cuerpo germánico, socorrido á nuestros aliados y confundido el orgullo de los injustos agresores. No ajustaremos ninguna otra paz sin garantía. Nuestra generosidad no engañará ya á nuestra política. ¡Soldados!, vuestro Emperador está con vosotros; no sois más que la vanguardia del gran pueblo.» Napoleón en París era el plagiario del antiguo régimen, el déspota adulado por unos, temido por otros, no amado por nadie; pero en medio de los campamentos continuaba siendo el Bonaparte del ejército de Italia, y así sus palabras electrizaron como siempre á las tropas, orgullosas de ser guiadas al combate por semejante general.

Casi habían terminado sus movimientos los siete cuerpos del ejército francés, y aún Mack, inmóvil en Ulma, parecía no adivinar el objetivo que su enemigo perseguía, de manera que Napoleón proseguía tranquilamente su tarea de encerrarle en un círculo de hierro. El ocho de Octubre, avanzando Lannes y Murat por la orilla derecha del Danubio, encontraron un cuerpo de unos doce mil hombres, que Mack enviaba tardíamente para sostener á Kienmayer, que defendía los puentes tendidos sobre el Leck. Atacados impetuosamente los austriacos por la caballería de Murat y los granaderos de Oudinot, salvaron con dificultad, dejando dos mil prisioneros en poder del enemigo. Este combate fué el primero que se libró en la campaña, y por los que volvieron de él se enteraron al fin Mack y el archiduque Fernando, que compartía el mando del ejército, de cuál era su verdadera situación. Desde entonces, dadas la desproporción de las fuerzas y la desventajosa

posición que ocupaban, no debían plantearse los austriacos el problema de si lograrían vencer, sino el de si podrían escapar. Su ejército, casi intacto todavía, encontrábase de súbito en medio de un enemigo formidable, que realizaba movimientos invisibles, no advertidos, no sospechados siquiera: no recuerda la historia militar sorpresa más espantosa.

Napoleón había trasladado su cuartel general á Donauwerth, y en su primer boletín, fechado el siete de Octubre en Vordlingen, concluía el relato de la acción de Wirtingen con estas significativas palabras: «El enemigo no tiene tiempo que perder si quiere evitar su total ruina». Durante su paso por Alemania, vió á todos los pequeños príncipes que más ó menos voluntariamente seguían su causa, y venció las vacilaciones y pasiva resistencia del Elector de Wurtemberg, mediante el cebo de seductoras promesas. Sin embargo, las alianzas contraídas por estos medios tenían más de aparentes que de sólidas: los príncipes se hicieron con ellas sospechosos á los ojos de sus propios súbditos, y se atrajeron el odio del resto de sus compatriotas. Un hecho grave, ocurrido por entonces, vino á demostrar á Napoleón que era excesiva su confianza en la longanimidad de Prusia. Habían atravesado el marquesado de Anspach varias divisiones de su ejército, para ganar una ó dos jornadas en su marcha hacia el Danubio, y aunque el Elector hubo de indicarle que aquel territorio estaba neutralizado por Prusia, Napoleón dió orden á Bernadotte de que no lo respetara, alegando, en verdad sin razón, no haber otro camino. Para presentarle sus excusas, escribió después al rey Federico Guillermo pretextando ignorar la neutralización del marquesado; pero sus explicaciones no fueron bien recibidas en Berlín, siendo imposible reputarlas sinceras, con tanto más motivo cuanto que á sus ejércitos tampoco les contuvo la neutralidad de Hesse-Cassel. Hardemberg afirmó haber mostrado en el mapa con el dedo á Duroc y Laforest los límites del territorio neutralizado, y el rey de Prusia mandó que se dirigiesen á la frontera del Sud los ochenta mil hombres que movilizara para enviarlos á la línea del Vístula; anunció en alta voz que exigiría la satisfacción debida á Francia; y se avino resueltamente á tener con Alejandro la conferencia que éste le pidiera.

Desarrollando el plan de Napoleón, Ney ocupó á Langenau, apoderándose en seguida de las orillas del Danubio y quitando á los austriacos Gunzburgo, tras brillantísimo combate, donde pudo apreciarse la desmoralización de que era presa el enemigo; pues, contando con fuerzas muy superiores, peleó flojamente y fué batido por completo. El mismo Ney ganó después á Albeck y á Elchingen, y con sus fuerzas, más el cuerpo de Lannes y la caballería de Murat, que habían tomado posiciones desde Leipheim á Burgau, las de Soult, que se encaminaba á Memmingen para interponerse entre el ejército de Mack y el Tirol, las de Napoleón, que estaba en Augsburg con su guardia y el cuerpo de Marmont, y las de Davout, Bernadotte y los bávaros, que ocupaban á Dachau y á Munich, quedó cercado el ejército de Mack. Un solo punto débil había en el círculo de cañones,